

del idioma castellano me echa en cara el lector, téngase en cuenta que he preferido traducir á Balzac, á conquistarme una reputacion de castizo y un puesto entre nuestros puristas. Esta traduccion, más que literaria, es ordenancista. Quien manda, manda (Balzac), y cartucho en el cañon.

F. M. y B.

---

## LAS MARANA.

---

Á LA SEÑORA CONDESA MERLIN.

A pesar de lo bien disciplinado que el mariscal Suchet tenia su ejército, no pudo impedir algo de desórden y confusion en los primeros momentos de la toma de Tarragona. Segun informes de militares concienzudos, esta embriaguez de la victoria se parecia mucho á un saqueo, que el Mariscal reprimió inmediatamente. Despues de restablecido el órden, de haberse acuartelado los regimientos, y nombrado ya el comandante de la plaza, vinieron los administradores militares, y la ciudad tomó un aspecto mestizo. Aunque todo se organizó á la francesa, dejóse, sin embargo, á los españoles en libertad de continuar, *in petto*, con sus gustos nacionales. La causa del saqueo (porque todos los acontecimientos sublunares tienen una), es más fácil de saberse que no la duracion.

Habia en el ejército del General un regimiento casi todo de italianos, mandado

por cierto coronel llamado Eugenio, hombre de extraordinario valor, una especie de segundo Murat que, por haberse acordado tarde de dedicarse á la guerra, ni logró el gran ducado de Berg, ni el reino de Nápoles, ni tampoco alcanzó balas en Pizzo. Empero, si no consiguió coronas, estuvo en buen sitio para recibir balas, y no es extraño, por lo tanto, que le tocaran algunas. El regimiento se componia de los restos de la legion italiana, que era á la Italia lo que los batallones coloniales son á la Francia. Al depósito de la legion, establecido en la isla de Elba, habian sido deportados honrosamente los hijos de familia que no inspiraban confianza en lo futuro, y esos casi grandes hombres, que el mundo estigmatiza con un hierro candente al llamarles *calaveras*, personas no comprendidas en su mayor parte, cuya existencia puede resultar hermosa, merced á la sonrisa de una mujer que las saque de su brillante carril, ó aterradora, al final de una orgía, y bajo la influencia de una reflexion malvada caída de los labios de un compañero de desórdenes.

Napoleon, pues, habia incorporado estos hombres enérgicos al 6.º regimiento de línea, pensando convertir en generales á todos los que las balas de cañon respetaran. Desgraciadamente, el Emperador sólo acer-

tó en sus cálculos sobre los destrozos de la muerte, equivocándose en el resto. El regimiento, diezmado á menudo, y siempre el mismo, adquirió sobre el teatro de la guerra gran reputacion de valeroso, y la más detestable de todas, respecto á la vida privada.

En el sitio de Tarragona perdieron los italianos á su célebre capitán Bianchi, aquel que durante la campaña habia apostado comerse, y se comió, el corazón de un centinela español. En el regimiento se conservan ciertos detalles de esta diversion de vivac narrada en mis *Escenas de la vida de París*. Aunque Bianchi era el príncipe de los diablos incarnados que dieron al regimiento su doble reputacion, se conducia, sin embargo, con cierto honor caballeresco que en el ejército sirve de excusa á los más grandes excesos. En una palabra, el capitán, en otros tiempos, hubiera sido un farsante admirable. Algunos dias ántes de la hazaña referida, se habia distinguido por una brillante accion que el General quiso recompensar. Bianchi, rehusando grados, pensiones y nuevas condecoraciones, sólo pidió como única recompensa el favor de entrar el primero al asalto de Tarragona. El general accedió á la demanda, y se olvidó de lo prometido; pero Bianchi le hizo acordarse de Bianchi.

El rabioso capitan plantó el primero el pabellon francés en la muralla, y allí fué muerto por un fraile.

Esta digresion histórica era necesaria para explicar cómo el 6.º de línea entró el primero en Tarragona, y por qué degeneró súbito en ligero saqueo el desórden propio en una ciudad tomada á viva fuerza.

Habia en el regimiento dos oficiales, que, aunque no se distinguían gran cosa entre sus camaradas, desempeñan, por yuxtaposicion, un papel de bastante importancia en la presente historia.

El primero, capitan de vestuario, oficial semi-militar, semi-civil, era tenido por cuco y por estar á su negocio. Se la echaba de valiente, se alababa en sociedad de pertenecer al 6.º de línea, y sabía retorcerse el bigote con aire maton; pero á pesar de todo no le estimaban sus compañeros. Su fortuna le hacía prudente. Por eso se le llamaba con doble motivo el *Capitan de los cuervos*; uno, porque olía la pólvora á la legua y huía á toda vela de los tiros; otro, porque éste apodo encerraba un inocente y militar juego de palabras á que él se habia hecho acreedor y del que otro se vanagloriaria.

El capitan Montefiore (descendiente de la ilustre familia Montefiore, de Milan) á quien las leyes del reino de Italia probi-

bian llevar su título, era uno de los más guapos chicos del ejército, y acaso su hermosura fuera la causa oculta de su excesiva prudencia en los combates. Una herida que le afease la nariz, le cortase la frente, ó le rasgara las mejillas, habria destruido la más bella cara italiana que jamás soñó mujer alguna. Su rostro, bastante parecido al modelo del jóven turco muriendo, que sirvió á Girodet para su cuadro de *La Insurreccion del Cairo*, era uno de esos rostros melancólicos que tanto engañan á las mujeres. Los bienes del Marqués de Montefiore eran vinculados; habia empeñado por cierto número de años sus rentas, á fin de pagar algunas calaveradas italianas que en Paris chocarian. Se habia arruinado por sostener en Milan un teatro con el objeto de imponer al público una cantante que le amaba locamente, segun él decia. El capitan Montefiore tenía, pues, un hermoso porvenir; no merecia la pena de jugarle contra un maldito pedazo de cinta roja. Ya que no era bravo, era filósofo, y tenía precedentes, si se permite esta frase parlamentaria. ¿Pues qué, Felipe II no hizo en la batalla de San Quintin el juramento de no verse en otros fuegos que en los de los braseros de la Inquisicion, y no le dió su aprobacion el Duque de Alba cuando el Rey opinó que era un

mal negocio cambiar involuntariamente una corona por una bala de plomo? Montefiore era, por lo tanto, filipista como Marqués, filipista como guapo chico, y, por lo demás, tan profundo político como Felipe II. Para consolarse del apodo y de la poca estimacion del regimiento, pensaba en que sus camaradas eran unos ganapanes que se verian desacreditados el dia en que salieran con vida de una guerra de exterminio como la que se estaba haciendo. Además, su figura le suponía valor, y se consideraba ya hecho un futuro coronel, merced al favor femenino, ó á una hábil trasformacion de capitan de vestuario en oficial de órdenes, y de oficial de órdenes en ayuda de campo de algun general complaciente. En su concepto, la gloria no era más que una cuestión de vestuario. El mejor dia saldría un periódico hablando de él, y llamándole el *bizarro coronel Montefiore*, etc. Entónces, tambien, tendria cien mil escudos de renta, se casaria con una señorita de alto rango, y nadie sería osado á dudar de su valor, y á verificar sus heridas. Finalmente, el capitan Montefiore tenía un amigo, que era jefe de cuartel, se llamaba Diard, y habia nacido en la Provenza, en los alrededores de Niza.

Un amigo, lo mismo en presidio que en una guardilla, sirve para consolarnos de

muchas desgracias. Montefiore y Diard eran dos filósofos que se consolaban de la vida por comunidad en el vicio, así como dos artistas amortiguan las penas de su vida por mútua esperanza en la gloria. Ambos consideraban la guerra bajo el punto de vista del resultado y no de la accion, llamando buenamente tontos á los que se hacian matar. La casualidad les habia hecho soldados en vez de hacerlos políticos. La naturaleza habia vaciado á Montefiore en el molde de los Rizzios, y á Diard en el crisol de los diplomáticos. Los dos tenían esa organizacion febril, móvil, semifemenina, igualmente fuerte para el bien como para el mal, de la que puede resultar lo mismo un crimen que una accion generosa, un acto de grandeza de alma que una maldad, segun el capricho de estos originales temperamentos, cuya suerte está siempre pendiente de la mayor ó menor presion que sobre el aparato nervioso producen pasiones violentas y fugaces. Aunque Diard era fuerte en contabilidad, ningun soldado le habia confiado su bolsa ni su testamento, acaso á consecuencia de los antipáticos que son los burócratas á los militares. No le faltaba valentía ni cierta generosidad juvenil, sentimientos que suelen perder algunos hombres cuando envejecen, cuando razonan, ó cuando calcu-

lan. Mudable, como puede serlo la belleza de una rubia, Diard era además jactancioso, y hablador que de todo hablaba. Llamábase artista, y, á imitación de dos generales célebres, recogía todas las obras de arte que podía, solamente para no privar de ellas á la posteridad, según aseguraba. Difícil hubiera sido á sus camaradas emitir sobre él un juicio acertado. Muchos, acostumbrados á pedirle dinero, según se terciaba, le creían rico; pero en realidad era jugador, y los jugadores no tienen nada propio. Jugaba como Montefiore, y todos los oficiales jugaban con ellos, porque, para vergüenza de los hombres, sucede que alrededor del tapete verde se reúnen personas que, en acabando la partida, ni se estiman ni se saludan. Montefiore había sido el que había hecho la apuesta del corazón del español, contra Bianchi.

Montefiore y Diard se encontraron en las últimas filas cuando el asalto, aunque fueron de los primeros en el interior de la ciudad desde que fué tomada. Con la confusión se dan estas casualidades; solamente que los dos amigos eran los únicos que tenían costumbre de hacerlo. Ayudándose el uno al otro, se aventuraron decididos á través de un laberinto de calles pequeñas, estrechas, sombrías, yendo cada cual á su negocio, buscando el uno vírgenes pin-

tadas mientras el otro las buscaba de carne y hueso. En no sé qué sitio de Tarragona, Diard reconoció por la arquitectura del pórtico un convento cuya puerta se había hundido, y saltó dentro del claustro para contener el furor de los soldados. Llegó tan á tiempo que pudo impedir el que dos parisenses fusilaran una virgen del Albano, que Diard les compró á pesar de los mostachos con que la había decorado el fanatismo militar de los dos salteadores.

Montefiore, que se había quedado solo, apercibió en frente del convento la casa de un comerciante de paños, desde la que le dispararon un tiro á tiempo en que, mirándola de alto á bajo, le detuvo la centelleante mirada que cambió con una joven curiosa, cuya cabeza se había deslizado por la extremidad de una celosía. Tarragona tomada por asalto, Tarragona colérica, hacía fuego por todas las ventanas: Tarragona violada, suelta la cabellera, semidesnuda, en llamas sus calles, inundada de franceses muertos ó matando, bien valía una mirada, la mirada de una española intrépida. Montefiore olvidó el saqueo, y durante unos segundos no oyó los gritos, ni la fusilería, ni el ruido sordo de la artillería. No había visto nada más divinamente delicioso que el perfil de aquella española; él, libertino de Italia; él, cansado

de las italianas, cansado de las mujeres, que soñaba con una mujer imposible por lo mismo que le hastiaban, áun pudo estre-  
mecerse; él, el disoluto, que habia derro-  
chado su fortuna para realizar las mil lo-  
curas, los mil caprichos de un hombre jó-  
ven estragado, mónstruo el más abomina-  
ble que nuestra sociedad puede engendrar.  
Ocurriósele una buena idea, inspirada, sin  
duda, por el tiro de fusil del patriota ten-  
dero, y fué la de pegar fuego á la casa;  
mas para llevarla á cabo se encontraba  
solo y sin elementos; el centro de la bata-  
lla era la Plaza Mayor, donde algunos tes-  
tarudos se defendian aún. Ocurriósele des-  
pues otra idea mejor. Habiendo salido  
Diard del convento, se fueron juntos á pa-  
sear por la ciudad, sin que Montefiore le  
confiara su descubrimiento; pero al dia si-  
guiente el capitán italiano fué alojado mi-  
litarmente en casa del comerciante de pa-  
ños. ¿No era la natural habitacion de un  
capitán de vestuario?

Componíase la casa del buen español de  
un piso bajo, de una gran tienda sombría,  
protegida al exterior por gruesos barrotes  
de hierro, como lo son en Paris los anti-  
guos almacenes de la calle de los Lombar-  
dos. Dicha tienda comunicaba con una sala  
que recibia la luz de un patio interior, gran  
estancia donde se respiraba todo el espíritu

de la Edad Media, con viejos cuadros ahu-  
mados, viejos tapices, el antiguo brasero,  
el sombrero con plumas colgado de un  
clavo, el fusil de guerrillas, y la capa de  
don Bartolo. La cocina daba á este sitio de  
reunion, á esta pieza única en la que se  
comia, se calentaba la gente al amortigua-  
do fulgor del brasero, se fumaba, y se con-  
versaba para encender en los corazones el  
ódio contra los franceses. Jarros de plata  
con la vajilla preciosa adornaban, segun la  
antigua moda, un aparador; pero la luz  
escatimada, apénas si permitia que brillaran  
los objetos resplandecientes, por lo  
que todo resultaba oscuro, hasta las figu-  
ras, semejando un cuadro de la escuela  
holandesa. Entre la tienda y esta sala tan  
hermosa de color y de vida patriarcal,  
se hallaba una escalera bastante lóbrega  
que conducia á un almacén donde podian  
ser examinadas las telas á favor de clara-  
broyas hábilmente practicadas. Además ha-  
bia en la parte de arriba el piso del co-  
merciante y de su mujer. Finalmente, la  
vivienda del aprendiz y de una criada ha-  
bia sido dispuesta en una guardilla cons-  
truida sobre un techo volado y sostenida  
por dos botareles que daban á la casa una  
fisonomía original. El comerciante y su  
mujer tomaron las habitaciones de los cria-  
dos, cediendo al capitán su propio piso,

con el fin de evitar todo motivo de queja.

Montefiore se hizo pasar por un súbdito antiguo de España, perseguido por Napoleón, á quien servía á disgusto, consiguiendo con estas medias mentiras el éxito que se prometiera. Fué invitado á participar de las comidas de la familia, atendidos su nombre, su alcurnia y su título. Montefiore tenía sus motivos para tratar de captarse la benevolencia del comerciante de paños; olía su virgen como el ogro huele la carne fresca del pequeño Pulguita y de sus hermanos. Empero, á pesar de la confianza que logró inspirar al pañero, éste guardó el más profundo secreto sobre la virgen, por lo que el capitán no sólo no dió con rastro alguno de la doncella, durante el primer día que pasó bajo el techo del honrado español, sino que ningún ruido ni indicio le advirtió de la presencia de la jóven en el antiguo hogar. No obstante, Montefiore confiaba en que durante el silencio de las primeras horas de la noche acertaría con el sitio en que se escondía la desconocida, puesto que la casa era casi toda de madera, y todo, por consiguiente, debía resonar entre los suelos y techos de la construcción. Figurándose que sería hija única de aquellos viejos, la suponía enviada por sus padres á la guardilla, donde habían establecido su domicilio para el tiempo que dura-

ra la ocupacion francesa. Ninguna revelacion delató el escondite del precioso tesoro. Por más que el oficial estuvo con la cara pegada á los rombos de las vidrieras, encajados en tiras de plomo, que daban al patio interior, negro recinto de muros, no pudo percibir resplandor alguno, á no ser el que proyectaban las ventanas de la estancia en que estaban los dos viejos esposos, yendo, viniendo, tosiendo y hablando. Ni siquiera se veía la sombra de la jóven. Montefiore era demasiado fino para comprometer el porvenir de su pasión, aventurándose á sondear de noche la casa ó á llamar suavemente á las puertas. Se hubiera perdido irremisiblemente á ser descubierta por el ardiente patriota, suspicaz como debe serlo un español que á la vez es padre y comerciante de paños. El capitán determinó, pues, esperar con paciencia, fiándolo todo al tiempo y á la imperfeccion de los hombres, quienes concluyen siempre por olvidar alguna precaucion, no ya los criminales, sino también los honrados. Al día siguiente vió una especie de hamaca en la cocina, descubriendo así el dormitorio de la criada. El aprendiz dormía sobre los mostradores de la tienda. Al segundo día, Montefiore se puso durante la comida á renegar de Napoleón, logrando con esto desarrugar el ceño de su huésped,

grave español de rostro denegrado, semejante á los que ántes se esculpian en los mástiles de los rabeles; al par que la señora halló una alegre sonrisa de ódio, perdida entre los pliegues de su vieja faz. La lámpara y los reflejos del brasero alumbraban fantásticamente la noble sala. La dueña ofreció un cigarro al semi-compatriota. Al mismo tiempo Montefiore oyó el roce de un vestido, y la caída de una silla, detrás de un tapiz.

— Que todos los santos nos asistan, exclamó la mujer palideciendo, y que no nos suceda alguna desgracia!

— ¿Teneis alguno ahí detrás? dijo el italiano sin demostrar emocion.

El pañero dejó escapar una injuria contra las muchachas. Su mujer, alarmada, abrió una puerta secreta y trajo consigo á la virgen del italiano sin que el enamorado se fijara en ella. Unicamente, y para evitar toda afectacion, la miró, y dijo en su idioma materno, volviéndose al comerciante:

— ¿Esta jóven es hija vuestra, señor?

Perez de Lagunia (así se llamaba el pañero), que habia tenido muchas relaciones comerciales en Génova, Florencia y Liorna, sabía el italiano, y contestó en la misma lengua:

— No. Si fuese mi hija no habria yo tomado con ella tantas precauciones. Esta

niña nos ha sido confiada, y prefiero la muerte á que la suceda el más mínimo contratiempo. Pero, vaya V. á dar la razon á una chica de diez y ocho años!

— Es muy hermosa, dijo friamente Montefiore, que no volvió á mirarla más.

— Su madre es bastante célebre por su belleza, replicó el comerciante.

Y continuaron fumando, observándose el uno al otro. No obstante que el Marqués se habia impuesto la dura ley de evitar toda mirada indiscreta, capaz de comprometer su aparente indiferencia, aprovechó un momento en que Perez volvió la cabeza al escupir, y se permitió lanzar una mirada furtiva á la jóven, encontrándose con sus expresivos ojos. Entónces, con esa doble vista que á los disipados, lo mismo que á los escultores, otorga el poder fatal de desnudar, por decirlo así, á una mujer, y de adivinar sus formas por rápidas y sagaces deducciones, vió una de esas obras maestras á cuya creacion concurren todas las dichas del amor. Era una blanca figura en la que el cielo de España habia puesto algunos tonos negros que á la expresion de una calma seráfica añadian una fiera arrogancia que se traslucia en la tez diáfana, debida acaso á la sangre árabe que la vivificaba y coloraba. Los cabellos, levantados hasta la coronilla de la cabeza, caian



rodeando de negros reflejos las frescas orejas transparentes, y acusando los contornos de un cuello azulado ligeramente. Estos abundosos bucles hacian resaltar unos ojos abrasadores, y los rojos labios de la bien arqueada boca. La basquiña característica del país ponía de relieve la curvatura suave del talle cimbreador como la rama de un sauce. No era la vírgen de la Italia, sino la vírgen de España, la vírgen de Murillo, único artista que osó pintarla trasportada por la dicha de haber concebido á Jesus; delirante fantasía del más atrevido, del más ardiente de los pintores. Tres condiciones reunía la jóven, bastante cada una de por sí para divinizar una mujer, que son: la pureza de la perla yacente en el fondo de los mares, la sublime exaltación de la Santa Teresa española, y la inconsciente voluptuosidad. Su presencia tuvo la virtud de un talisman. Montefiore no volvió á ver nada viejo á su alrededor, porque la doncella lo había rejuvenecido todo con su presencia. Si la aparición fué deliciosa, duró, en cambio, breves momentos. La desconocida fué llevada á la misteriosa estancia, donde se comprendía que la criada entró luz y sirvió la comida.

— Haced bien en guardarla, dijo Montefiore en italiano. ¡Qué diablo! Tenemos generales capaces de robároslo militarmente.

La embriaguez de Montefiore llegó hasta ocurrírsele la idea de casarse con la muchacha. Pidió, pues, algunos informes á su huésped, quien le contó de buen grado la causa á la que debía su pupila, aventurándose, aunque prudente, á hacer confianza de Montefiore, no sólo por la ilustración de éste, del que ya había oído hablar en Italia, sino para patentizar cuán fuertes eran las barreras que protegían á la doncella contra cualquiera seducción. Resumirémos, pues, lo que dijo, que algo ganarán sus discursos con ello, por más que el buen señor estaba dotado de cierta elocuencia patriarcal, muy en armonía con sus costumbres sencillas, y conforme al tiro que descerrajó á Montefiore.

Cuando la revolucion francesa cambió los hábitos de los pueblos que sirvieron de teatro á sus guerras, llegó á Tarragona una muchacha alegre, arrojada de Venecia al caer Venecia. La vida de esta criatura era un tejido de aventuras novelescas y extrañas vicisitudes. Superando en fortuna á todas las mujeres de su clase, por los favores de un caprichoso señor enamorado de su extraordinaria hermosura, vióse durante una temporada repleta de oro y alhajas, y rodeada de las mil delicias que la opulencia proporciona. Tenía flores, carruajes, pajes, camaristas, palacios, cua-

dros; vivia con insolencia, y viajaba como Catalina II; en fin, estaba hecha una reina absoluta, veia satisfechos todos sus caprichos, muchas veces más allá de su deseo. Despues, sin que ni ella, ni nadie, sin que ningun sabio físico ó químico pudiese descubrir cómo, se evaporó tanto oro, se vió en la calle, pobre y desnuda, no conservando otra cosa que su omnipotente belleza, y viviendo, por otra parte, sin cuidarse del pasado, del presente, ni del porvenir. Viéndose abandonada, y sostenida durante su miseria por algun pobre oficial jugador, de cuyo bigote se enamoraria, se unió á él como el perro al amo, compartiendo solamente con él las durezas de la vida militar, consolándole, y durmiendo tan contenta (porque estaba acostumbrada á todo) lo mismo en un granero que entre opulentos cortinajes de seda. Italiana á la vez que española, era fiel observante de las prácticas religiosas, hasta el punto de haber dicho en más de una ocasion á su amante: « Vuelve mañana, porque hoy me entrego á Dios. » Pero este barro amasado con oro y perfumes, esta indolencia para todo, estas pasiones ardientes, esta creencia religiosa arrojada en su corazon como un diamante en el fango, esta vida que comienza y acaba en el hospital, estas vicisitudes del jugador trasportadas al alma, á la existen-

cia entera; esta gran alquimia, en fin, en que el vicio atizaba el fuego del crisol en que se fundian las más brillantes fortunas, se evaporaban y desaparecian los escudos de los abuelos junto con el honor de los hombres ilustres, todo ello se originaba de un genio particular, fielmente trasmitido de madres á hijas desde la edad Media. Esta mujer se llamaba LA MARANA. En su familia, puramente femenil, y desde el siglo décimotercio, la idea, la persona, el nombre, el poder de un padre eran en absoluto desconocidos. La palabra *Marana* era para ella lo que la dignidad de *Stuart* fué para la célebre dinastía escocesa, una palabra honorífica sustituida al nombre patronímico por la herencia constante del mismo cargo adserito á la familia.

Antiguamente, en Francia, en España y en Italia, cuando estas tres naciones tuvieron del siglo catorce al quince intereses comunes que las unieron ó separaron por causa de una perpétua guerra, la palabra *Marana* servia para designar, en su más lata acepcion, una mujer de la vida airada. En dicha época gozaban estas mujeres en el mundo de cierto rango incomprensible hoy. Ninon de Lenclos y Marion Delorme, han desempeñado solas el papel que hicieron las Imperias, las Catalinas, las Maranas en siglos anteriores, congregando en

su casa la gente de sotana, de toga y de espada. Una Imperia edificó en Roma no sé qué iglesia, en un acceso de arrepentimiento, como Rodope construyó en la antigüedad una pirámide en Egipto. Este nombre de Marana, impuesto como un padron de ignominia á la familia original de que se viene hablando, habia acabado por ser propio, ennobleciendo en ella el vicio por la incontestable antigüedad del vicio mismo.

Ahora bien, la Marana del siglo diez y nueve, en un dia de opulencia ó de miseria (que este problema fué un secreto entre ella y Dios), y en una hora de religiosa melancolía, vióse con los piés en un lodazal, y con la cabeza en el cielo. Maldijo entónces la sangre de sus venas, se maldijo á sí misma, tuvo miedo de tener una hija, y juró como juran sus iguales, con la energia y probidad de presidio, la más fuerte energia y la más exacta probidad que se conocen de tejas abajo; juró delante del altar de su fe hacer de su hija una criatura virtuosa, una santa, á fin de dotar al paraíso celestial con un ángel á cambio de la larga serie de crímenes amorosos cometidos por todas las mujeres perdidas de su raza. Hecho el voto, la sangre de Marana recobró sus derechos, y la cortesana se lanzó á la vida aventurera con un pen-

samiento más en el alma. Al último, se enamoró apasionadamente, como se enamoran esas mujeres, como Enriqueta Wilson amó á lord Ponsomby, la señorita Dupuis á Bolingbroke, y la Marquesa de Pescaire á su marido; amó, mejor dicho, adoró á uno de esos hombres de rubias guedejas, femenil, en quien personificó las virtudes de que ella carecia, queriendo conservar para sí todo lo que llevaba el sello del vicio. Y de este hombre débil, de esta union insensata, que jamás llevó la bendicion de Dios ni de los hombres, uniones que la dicha puede justificar, pero que llegan á cubrir de rubor el rostro de las gentes desvergonzadas, tuvo una hija, una hija que redimir, para la que deseó una existencia venturosa, y más que esto, el pudor que le faltaba á ella. Desde entónces, ya viviese feliz ó miserable, opulenta ó pobre, llevó en el corazon un sentimiento puro, el más hermoso de todos los sentimientos humanos, porque es el más desinteresado; que el amor tiene tambien su egoismo, pero el amor maternal no le conoce. Fué, pues, la Marana madre como no lo habia sido ninguna madre, por ser para ella la maternidad tabla de salvacion en el perpétuo naufragio de su vida borrascosa. ¿No era, por cierto, superior á un tardío arrepentimiento el enviar un ángel al cie-

lo, cumpliendo así parte de su mision sobre la tierra? ¿No era ésta la sola oracion pura que su miseria le permitia elevar hasta Dios? Cuando le fué concedido tal dón, cuando tuvo á su María-Juana-Pepita (á la que hubiera dado voluntariamente por abogadas todas las santas de las leyendas piadosas), concibió tan alta idea de la majestad de una madre, que suplicó al vicio la concesion de una tregua. Se hizo virtuosa, y vivió solitaria. Se acabaron para ella las fiestas, las noches bulliciosas, los amoriós. En la débil cuna de su hija puso todos sus goces y delicias. Eran para la madre oasis en los ardientes arenales de su vida los acentos de la voz infantil de la hija. No halló en su corazon sentimiento igual al materno, porque en él se reunian todos los sentimientos humanos y todas las esperanzas celestiales. No quiso manchar á su hija con otra impureza que la del pecado original de su nacimiento, y esa trató de borrarla con el bautismo de todas las virtudes sociales, para lo cual pidió al padre fortuna y nombre. La niña no fué una Juana Marana, sino que se llamó Juana de Mancini. Luego, cuando pasaron los siete primeros años de alegría y besos, de dicha y de embriaguez, fué necesario que la pobre Marana se privara de su ídolo para no humillar la frente bajo la ignominia heredi-

taria. La madre tuvo el valor de renunciar á su hija por su hija; de buscarla, sufriendo horribles angustias, otra madre, una familia en que hubiera buenas costumbres que aprender y santos ejemplos que imitar. Si la abdicacion de una madre es un acto espantoso ó sublime, este ¿no era sublime?

A una feliz casualidad debió la Marana encontrar á los Lagounia en Tarragona, en circunstancias favorables para que pudiera apreciar la probidad del español y la virtud de su esposa. Por su parte, llegó para ellos como un ángel libertador. Comprometidos momentáneamente el crédito y la fortuna del comerciante, que necesitó pronto y secreto auxilio, pudo la Marana entregarle la dote de Juana sin exigirle ni interés ni gratitud. Toda su jurisprudencia se reducía á lo siguiente: un contrato es cuestion del corazon: el puñal es la justicia del débil, y Dios el Tribunal Supremo. Despues de haber contado á Doña Lagounia lo difícil de su situacion, confió hija y fortuna al viejo honor español, que puro y sin mancha resplandecía en aquella antigua casa. Doña Lagounia, que no tenía hijos, vió el cielo abierto cuando se halló con una hija adoptiva á quien educar. La cortesana se separó de su querida Juanita, segura de haberla asegurado el porvenir y de haberle dado otra madre que hiciera de

ella una Mancini, y no una Marana. Al abandonar la sencilla y modesta casa del comerciante, en la que no se respiraba más que religion, pureza de sentimientos y honor, la pobre mujer, alegre, aunque desposeida de su hija, tuvo valor para soportar sus dolores, figurándose á Juana doncella, esposa y madre; madre dichosa durante una larga existencia. La cortesana dejó sobre el suelo de la casa una de esas lágrimas que los ángeles recogen. Desde el día de luto y esperanza de la despedida, la Marana había vuelto en tres ocasiones á ver á su hija, impulsada por irresistibles presentimientos. La primera vez estaba Juana enferma de peligro.

— Ya lo sabía yo, dijo á Perez la Marana cuando llegó á la casa. Había visto á Juana moribunda, de lejos y en sueños.

La asistió, la veló, y mientras su hijo dormía convaleciente, la besó en la frente y marchó sin delatarse. La madre echó á correr de allí á la cortesana. La segunda vez vino la Marana á la iglesia en que Juan de Mancini tomaba la comunión. Vestida sencillamente y de oscuro, oculta en el ángulo de un pilar, la madre proscrita se reconoció en su hija, tal cómo había sido otro tiempo, angélica figura, pura como nieve que á la mañana cae sobre una montaña de los Alpes. Cortesana, aunque ni

ni sintió la Marana en el fondo de su pecho un movimiento de celos, más fuerte que lo fuera el conjunto de sus amoríos, y salió de la iglesia no pudiendo resistir á la tentación de matar á Doña Lagounia, viéndola allí, con el rostro resplandeciente, siendo la verdadera madre. Por último, el postrer encuentro se verificó entre la Marana y su hija en Milan, á donde habían ido el comerciante y su consorte. Pasó aquella por el Corso con toda la ostentación de una reina; y se apareció á su hija, rápida como el rayo, sin ser reconocida. ¡Espantosa angustia! A esta Marana, llena de besos, le faltaba uno, uno solo por el que hubiera vendido todos los demás; el fresco y alegre beso que la hija da á la madre, á la madre honrada, á la madre que brilla por sus virtudes domésticas. Para ella había muerto la Juana viva. Un solo pensamiento infundía alientos á esta cortesana á quien el Duque de Liva preguntaba en aquel tiempo: «¿Qué tienes, amor mio?»

Era la deliciosa idea de ver á Juana salvada para siempre. Podría llegar á ser la más humilde de las mujeres; pero no sería una cortesana infame á quien todos los hombres tuvieran el derecho de decir: «¿Qué tienes, amor mio?» El digno matrimonio había cumplido sus deberes con es-